

CUESTIONES SOCIOLOGICAS SOBRE LA INDUMENTARIA HUMANA

ENRIQUE GASTÓN

No se entendería el significado emblemático del vestuario sin tener en cuenta la territorialidad de los seres humanos y la necesidad de diferenciarnos colectivamente y más tarde individualmente. Son problemas de actitudes sociales. A) Tendencias hacia la territorialidad; B) Tendencias hacia la identidad colectiva, y C) Tendencias hacia la diferenciación individual. Tales actitudes, si bien siempre debieron de existir, no siempre lo hicieron en el mismo grado ni por idénticas razones.

La territorialidad animal no se manifiesta siempre de igual manera. El nomadismo pasó de ser la regla general entre los humanos, hasta que pudieron asentarse, tras conseguir desarrollos tecnológicos tan importantes como la ganadería y la agricultura; sin embargo, mucho antes de vivir de manera estable sobre un territorio, ya se cuidaba de la identidad diferenciadora. Tal vez de una manera inconsciente, en una primera fase, y de forma plenamente consciente después. Hechos tan simples como las diferencias de olor, que hoy apenas percibimos, pudieron ser decisivos en el pasado. De la misma forma que los cachorros de las ovejas o de los pingüinos se guían por el olfato y el oído para reconocer a sus propias madres, resulta posible esta capacidad entre las personas. También de la misma forma que cualquier ave o mamífero, incluso insecto, lucha por proteger su lugar ideal para construir el nido, entre los humanos, incluso los más nómadas, las mujeres lucharon para parir en lugares bien protegidos y con fácil acceso al agua y a la comida. Y fue una lucha territorial diferenciadora. Los admitidos en el círculo afín y los otros, de fuera. A diferencia del resto de los animales, en los que casi todo sería genético, entre los homínidos avanzados entraría en juego el libre albedrío, que permitiría difundir y fomentar las tendencias territoriales, para las cuales se iba haciendo necesario el reconocimiento de la identidad.

Desde el punto de vista psicosocial habría un interés por distinguirse y diferenciarse. No interesaba que se conocieran demasiado los criterios culturales de los otros; y siempre había algo que ocultar de los asuntos propios, especialmente si eso podía debilitar.

Primera hipótesis: en un principio las personas, una a una, por intereses adaptativos a otros intereses colectivos, que ya serían ajenos, aceptarían una mayor o menor ocultación de lo que no les convenía. Ya fuesen sus propios errores y necesidades o los errores y necesidades conocidos por otros que, en caso de admitirlos, generarían la mala conciencia de no rebelarse contra ellos. O el sentimiento de culpabilidad por no arriesgarse a denunciarlos y combatirlos. Habría una dimensión ética: a medida que uno iba aceptando la ocultación de más cosas, aparte de la reducción de planteamientos de cosas e ideas que eso conlleva, se iría adaptando mejor a las exigencias colectivas ajenas. El necio cognitivo se transformaría en el inteligente instrumental. Hay una cierta maldad en el proceso, apreciable tanto en las personas como en las doctrinas cerradas. Las doctrinas cerradas tienen necesidad de ocultarse cosas. Tienen que desconocer lo no conveniente que queda fuera de su cercado. Todos los sistemas autoritarios, por ejemplo, se caracterizan por haber suprimido oficialmente la conflictividad interna. Sus opositores o han sido asesinados, o encerrados, o expulsados o ignorados: "no existen". Y si hay conflictividad, aunque esté dentro, vendría de fuera. Los ciudadanos que no se rebelan vivirían mejor creyendo que en su represivo mundo no se tortura, ni hay falta de libertad ni injusticias. Los pensamientos autoritarios también se presentan como utopías, basándose en que el conflicto se queda fuera.

Tengo mis dudas sobre si el prejuicio que nos lleva a ocultarnos lo malo de nuestro propio entorno, un entorno que supuestamente sería elegido, proceda de causas exógenas, culturales, o forme parte de nuestra carga genética. Este prejuicio se manifiesta en la creencia de que nuestro pueblo es el mejor, nuestra patria la mejor, nuestro equipo de fútbol del barrio es digno de la mayor admiración, ninguna virgen tan milagrosa como la nuestra, etc. La mitomanía de lo supuestamente propio. Tal vez un mecanismo de supervivencia psicológica nos llevaría a menospreciar lo ajeno (los del pueblo de al lado son mucho peores), como una forma de asegurar una mejor defensa de nuestro territorio. A fin de cuentas, seguimos siendo animales territoriales, en eso no nos diferenciamos de otros muchos mamíferos, aves e insectos. Y no parece haber dudas sobre la importancia que esta territorialidad ha tenido para la supervivencia de muchas especies, incluida la nuestra. Detrás del chauvinismo y de sus diversas versiones etnocéntricas, más refinadas, habría una predisposición genética a valorar lo propio en demasía, hasta unos niveles que no serían racionales. Un mínimo esfuerzo consciente nos lleva a reconocer que también en otros sitios hay cosas buenas, y en algunos incluso mejores. Que lo nuestro no es lo único posible. Que nuestros males (la tortura, por ejemplo; o las desigualdades sociales no naturales) podrían ser solucionados. Mas ese mismo esfuerzo racional consciente sería frenado por la territorialidad cultural dominante, con su doctrina cerrada. En los casos extremos, la doctrina impediría hablar bien de lo ajeno. Lo que se considera-

ría como *hacerle el juego al adversario*, que suele ser una de las preocupaciones políticas y religiosas más frecuentes, no sería otra cosa que un atentado a la doctrina de la ocultación, porque al final estaría suponiendo la existencia de otras alternativas posibles que, es un decir, incluso podrían ser tan buenas o mejores. La simple ocultación favorecería la territorialidad mental. La mente sitiada. Y separaría lo **endocultural** de lo **exocultural**. Aunque la ocultación no sería suficiente. Habría que reforzar el prejuicio local. Todas las críticas a las dictaduras abundan en consideraciones sobre las estrategias de refuerzo de la territorialidad. A la territorialidad mental que se está describiendo se la suele considerar como sinónimo de *identidad*. Y en la literatura antropológica y sociológica esta identidad también suele ir acompañada de valoraciones positivas. O incluso imperativas: la «necesidad de identidad colectiva de los seres humanos». En la literatura sobre la importancia de la identidad o sobre identidades, no suele encontrarse casi nada en donde los elogios a este sentimiento fueran acompañados de las suficientes matizaciones sobre los posibles peligros que encerraba. Serían razones de hechos menos discutibles: somos colectivamente competitivos e individualmente también. Y la territorialidad tendría que ver con ello.

Lo importante es que seguramente sin este comportamiento territorial y diferenciador no habríamos sobrevivido.

Y esta sería la **segunda hipótesis**:

(1) Unos animales escasamente dotados para la supervivencia en un universo dialéctico (lleno de contradicciones) requerirían una motivación territorial para superar las dificultades de conseguir alimentos, proteger a la prole y defenderse de otros animales, fueran o no de su misma especie. Es de justicia citar aquí los trabajos de Konrad Lorenz al respecto.

(2) Esa territorialidad genética no sería suficiente para asegurar la supervivencia.

(3) La capacidad razonadora inicial de estos animales, en el proceso de hominización, les permitiría un importante refuerzo cultural de dicha territorialidad, tanto por su habilidad como constructores de advertencias, señalizaciones y murallas (habilidad que comparten con otras muchas especies animales), como con su lenguaje, y las posibilidades que éste encierra para incluso cristalizar lo territorial, a través de sus mensajes.

(4) Asegurada una territorialidad suficiente, la genética más la social, cuyo carácter tuvo que ser instrumental; y asegurada también la interiorización de la misma, ampliamente facilitada por la carga genética, los grupos dominantes habrían descubierto las ventajas que la territorialidad (objetiva y asumida) comportaba para facilitar el control social.

(5) Esta territorialidad, para mejor coincidir con el control, tenía que ver lo exterior, es decir, el resultado de cualquier apertura, como opuesto, contra-

dictorio. Y, sobre todo, tenía que ocultar lo que de bueno pudiera tener lo exterior. La territorialidad, en su faceta de facilitadora del control, implicaría la gran mentira por ocultación. Y facilitaría otras muchas falsedades.

(6) Se habría dado lugar a un desproporcionado control de los unos por los otros, que habría ido más lejos de lo justificable, y en el que los grupos sociales dominantes tendrían el principal protagonismo.

(7) Esta territorialidad genético-cultural-defensiva coexistiría con otra peculiaridad del mismo animal, de los humanos: **la motivación exploradora**, la curiosidad por lo desconocido, que reúne al menos dos de los tres requisitos exigibles para considerarla como un instinto o impulso natural: su universalidad: siempre se ha dado y se da en todas las civilizaciones (aunque en diferente medida entre sus miembros, tal como sucede en el resto de las motivaciones naturales); y el precedente de otros animales. Son pocas las especies que no exploran, de una u otra forma. Otto Klineberg lo describió y valoró así: «Uno de ellos (de los motivos adicionales, “instintos”) es la forma de conducta conocida como curiosidad (...) Parece seguro que la tendencia a explorar el propio medio ambiente con cierto cuidado se encuentra en muchas especies animales. En cuanto a su base fisiológica, es probable que la conducta exploratoria represente *una reacción motriz activa frente al medio ambiente*. (...) En la satisfacción de muchísimos de los impulsos comunes a los animales y al hombre, como el sexo, el hambre, la evitación del peligro, es importante conocer la naturaleza del medio en que se vive. La exploración puede conducir a cualquiera de estas metas, y puede ser mejor interpretada sobre esta base. (...) Parece probable que la curiosidad, como tal, no tenga gran fuerza, a menos que contribuya en alguna forma a dominar el medio ambiente» (Klineberg, *Psicología Social*, “Motivación”, 1966). Faltaría encontrar algo biológico en el interior del cuerpo humano que lo justificase, que es el tercer requisito, si bien los estudios sobre el cerebro, cada vez más precisos, permiten confiar en que cabe la posibilidad de encontrarlo. En todo caso, el simple razonamiento lógico llevaría a dudar de la posibilidad de que un niño pudiera aprender cosas tan difíciles como caminar y dominar un lenguaje, sin una motivación indagadora natural. Por lo que ya se conoce, la exploración sería un impulso tan natural, al menos, como el gregarismo.

(8) La territorialidad cerrada habría estado siempre en contradicción con la motivación exploradora. Habría formado parte de esas contradicciones internas que Baltasar Gracián incluyó, dentro de las restantes contradicciones dialécticas. Como las dos motivaciones han existido y existen se han podido desarrollar hasta determinados niveles; pero habría sido la primera, la territorialidad, la que habría dominado a lo largo de la historia. Al menos mentalmente.

Finalmente, (9) la especie humana se ha desarrollado lo suficiente como para que la necesidad objetiva de la defensa del territorio haya desaparecido

o disminuido de forma espectacular. Ya no haría tanta falta. No quiere esto decir que la distribución de alimentos por todo el planeta se esté haciendo de manera equilibrada y ajustada a las necesidades de las personas; pero sabemos que podría hacerse. Tampoco significa que haya desaparecido del todo la necesidad de defenderse de agresores externos. Sigue habiendo naciones amenazadas e incluso grandes regiones del planeta en situación de amenaza; pero sería cínico no admitir que hoy la especie humana es conocedora de las formas organizativas y de las medidas indispensables para reducir los principales conflictos, que podrían evitar esta amenaza. Finalmente, esa indispensable agresividad que requiere la protección de la prole, que es fundamentalmente femenina, y que implica territorialidad, podría estar superada por el Estado de Derecho. También sabemos que no lo está y que se producen raptos y asesinatos de niños con regularidad en muchos sitios del mundo; pero, objetivamente, sabemos que la humanidad podría superar este problema.

En síntesis, toda territorialidad que vaya más allá de lo estrictamente indispensable, lo mismo que todo lo cerrado que ella implica, especialmente en las formas de pensar y el control social informal, estarían condenados a desaparecer. El proceso de cambios que se está produciendo en el mundo permite aventurar que la desaparición de lo exclusivo, como forma cultural dominante, puede reducirse en un tiempo breve. Posiblemente de menos de 100 años, aunque no es presumible que desaparezca sin oponer resistencia, dado que tiene un arraigo de millones de años. El desfase temporal entre el desarrollo de la racionalidad y lo genético de la territorialidad, con sus implicaciones xenófobas y racistas, es superable únicamente a partir de la racionalidad.

Hasta aquí, y se han presentado únicamente como hipótesis, los humanos, por muchas razones, entre las cuales sería fundamental la territorialidad, tendrían **necesidad de diferenciarse colectivamente** y de superar, compitiendo, las contradicciones con los diferentes grupos sociales. El vestuario tendría que ser distinto colectivamente (los españoles distintos que los árabes, por ejemplo).

Hay otra peculiaridad humana que resulta más determinante a escala individual. Somos una especie que desnuda no habría podido sobrevivir. Necesitamos muchas extensiones de nuestra piel, de nuestro cerebro, nuestros pies, nuestras manos y otras partes importantes de nuestro ser. Antes de ser inteligentes y razonadores habríamos necesitado objetos para sobrevivir. Ni siquiera en las utopías más audaces se concibe a los animales humanos permanentemente desnudos. No hace falta insistir en las necesidades térmicas: son evidentes. Se puede morir de frío y el sol quema la piel si no está bien curtida. Hay sin embargo otras cuatro facetas de la indumentaria de gran interés sociológico.

- a) Una es el **pudor**,
- b) otra la necesidad de persuadir a otros semejantes, la **coquetería**, para que nos quieran y admiren o para que nos teman.
- c) Habría otra a la que históricamente no se dio excesiva importancia, la **funcionalidad**, que el vestuario fuese cómodo.
- d) Y finalmente la relacionada con el **poder** y el **estatus**, que estaría vinculada a resaltar la desigualdad social.

Empezando por **el pudor**, no están claras las motivaciones concretas. La mayoría de los autores consideran que habría genéticamente una tendencia a proteger, y reservarse para la intimidad las partes relacionadas con la sexualidad genital. La sexualidad no se limita a las partes genitales. Son muchas las culturas que tratan de ocultar otras partes, especialmente en las mujeres. Incluso la cara.

El pudor no cumpliría el requisito de universalidad en lo que se refiere a sus manifestaciones. Sería una motivación cultural. Sin embargo, si bien es cierto que cada cultura tiene una percepción distinta y una valoración diferente del pudor, parece que todas tienen algunas partes del cuerpo que consideran dignas de un mayor respeto que otras. Que son tabú. En lo que nunca ha habido acuerdo es sobre cuáles. Incluso los genitales y los pechos femeninos son exhibidos por muchos pueblos. Las razones culturales del pudor son innumerables, desde ponerse mantillas en la cabeza por considerar demasiado erótico el cogote femenino y que podría excitar incluso a los ángeles, hasta reforzar la propiedad dominadora de los hombres sobre el cuerpo femenino, como propietarios de un objeto que no podrían contemplar otros eventuales competidores. El caso del burka.

Puede afirmarse que no existe una respuesta científica satisfactoria sobre el fenómeno del pudor en la indumentaria humana. Las excepciones serían tantas que no lo permitirían.

La **necesidad de persuadir** sí que sería una motivación universal. Y que iría mucho más lejos que la simple indumentaria. Se persuade también con los gestos, los movimientos, las palabras, los olores y los actos. Es importante tratar de controlar las actitudes favorables de otras personas; y de conseguir su intensidad e incluso exclusividad. La ropa y los adornos han tenido siempre especial importancia. Un recién nacido no sobreviviría sin conseguir que otros se interesasen por él. Desde muy temprano habría que persuadir. Y de nuevo aparece el hecho antropológico incontestable de nuestra imposibilidad de vivir siempre desnudos. De ahí la importancia de la indumentaria. Desde muy niños mostramos interés por indumentarias y maquillajes.

No termina aquí el problema. Hay que persuadir y se está en competencia con otros. Es una situación muy conflictiva para los humanos y para otros muchos animales, que implica aspectos sociológicos de muchas emociones

básicas. El síndrome de Cenicienta, que aparece en todas las épocas y en distintas culturas, se entendería mejor desde esta necesidad de persuadir en contextos competitivos. El sentimiento de que los padres querrían a otros más que a uno, que aparece desde Vietnam, Corea, en la Biblia y en cualquier época, lo tendrían hasta los hijos únicos. Solo la racionalidad, que también forma parte del bagaje humano, puede evitar emociones como las de los celos o la envidia; o reducir su intensidad antes de que llegue a la irracionalidad.

Individualmente, necesitamos tantos objetos y prótesis para sobrevivir, que éstos llegarían a ser valorados más que nuestro propio cuerpo. El propio cuerpo no ha estado nunca de moda, porque los objetos que lo rodean lo estaban más. El científico canadiense, Marshall McLuhan, en muchos de sus textos, y especialmente en *La novia mecánica*, desarrolló la idea de **las extensiones humanas**. Igual que las agendas son una extensión de nuestra memoria, las herramientas y las armas extensiones de nuestras manos, las prendas de vestir serían una extensión de nuestra piel; y los zapatos o los automóviles extensiones de nuestros pies. Filosófica y literariamente, mucho antes de nuestra época ha habido confusiones entre el tener y el ser. Y en la vida cotidiana muchos puestos de trabajo o negocios exitosos, incluso relaciones personales afortunadas, se han conseguido gracias a indumentarias apropiadas.

El filósofo americano, Santayana, utilizó la metáfora de la cutícula de las células para definir al hombre. «Los seres vivientes, en contacto con el aire, deben cubrirse de una cutícula, y no se puede reprochar a las cutículas que no sean corazones. No obstante hay ciertos filósofos que parecen guardar rencor a las imágenes por no ser cosas (...) Las palabras y las imágenes son como caparazones: partes integrantes de la naturaleza en igual medida que las substancias que recubren, se dirigen sin embargo más directamente a los ojos y están más abiertas a la observación» (*Soliloquios*, 1922). La idea es que lo exterior es tan importante como lo interior. Lo exterior también forma parte de uno. Existencialistas como Simone de Beauvoir y J. P. Sartre insistirían en la idea de que «basta con que alguien me mire, para que yo sea eso que soy». No para mí, pero sí para los otros, que tendrán que limitarse a esa percepción exterior. Nunca nadie puede penetrar en nuestro interior. De ahí la importancia del vestuario.

Por otra parte, nuestra indumentaria puede condicionar incluso la percepción de nuestro cuerpo. A propósito del erotismo, McLuhan observó que un vestuario insinuante es más erótico que un cuerpo desnudo, y se planteó las razones de ello. La mente se ve obligada a reproducir lo que haría la mano. La indumentaria, como extensiones del cuerpo, mejora sus posibilidades. En relaciones interpersonales se interpretaría como el fenómeno que hace que cada uno intente presentarse a los demás, en su vida cotidiana, de la manera apropiada, de la manera perfecta. Y lo hace distinto en cada circunstancia. No se hace igual para conseguir un trabajo que para ir a un funeral o a una fiesta de amigos.

Para el **Materialismo Histórico**, admitiendo los múltiples factores que influyen en cualquier sociedad, se considera que hay uno, el hecho de que los humanos seamos capaces de producir lo que necesitamos para nuestra vida material, que sería más relevante que los demás. La indumentaria es algo que nosotros producimos, y en consecuencia entraría dentro de la ley que va desde los modos de producción hasta la conciencia, pasando por las relaciones de producción, el poder, las leyes, la existencia real (o la vida cotidiana, en expresión más moderna) y la conciencia dominante.

De acuerdo con este paradigma, la moda sería el resultado de la conciencia dominante, en lo que se refiere al vestuario. No todas las conciencias, por supuesto, pero sí la dominante.

Otro sociólogo, Emil Durkheim, de una corriente opuesta a Marx, en el primer capítulo de su obra fundamental, *Las reglas del método sociológico*, considera la moda como un *Hecho Social*, que no hemos creado nosotros, que es independiente de nosotros; pero que es coactivo y condicionador de nuestra vida, de la misma manera que el lenguaje, la religión, el sistema monetario o las leyes penales.

Nadie nos obliga a llevar corbata en ciertos lugares, ni a que la falda sea corta o larga; pero si alguien se equivoca con respecto a la moda, tendrá que gastar bastante energía psíquica para resistirse, porque los demás se lo harán notar; igual que cuando alguien no se arrodilla en ciertos contextos, o no grita en los mítines.

Con respecto a **la funcionalidad**, basta con repasar la historia del vestuario para comprender que la mayoría de las veces no estaban diseñados los trajes pensando en la comodidad. Con frecuencia se trataba de ocultar el cuerpo. No simplemente taparlo pudorosamente; sino evitar cualquier exposición de sus formas. Deformarlas con intención de mejorarlas o con intención de parecerse a los demás.

Si a la indumentaria se le incluyen los adornos externos (collares, máscaras, amuletos, sombreros) o las deformaciones de la piel, del cráneo o de los pies, se ve más clara la voluntad de alteración del propio cuerpo. Y bajo la ropa puede haber tatuajes y cicatrices intencionadas.

El control social no podía estar ausente del vestuario, como no lo está en nada referido a los humanos, ya que incluye el problema del poder y las desigualdades jerárquicas. El *Homo faber*, creador y utilizador de objetos, pronto comprendió que no hay nada más útil y placentero que el propio ser humano, utilizado como objeto. Y de la misma manera que fuimos muy industriales para conseguir esclavos, lo fuimos para reforzar nuestra autoridad o nuestro rango con **símbolos de estatus**. Este tema puede verse con facilidad en el caso de las mujeres. De la misma manera que a lo largo de la historia la dominación de las mujeres por los hombres parece una constante, la utilización de las mujeres para reforzar el rango de los hombres, también lo ha sido.

El vestuario de las mujeres como símbolo de estatus de los hombres. Tengo que referirme a dos textos clásicos de la Sociología, la *Teoría de la clase ociosa*, de Thorston Veblen, y *El proceso de civilización*, de Norbert Elías, en los que hay un análisis muy agudo del porqué a las mujeres de la nobleza no se les permitía comer los mismos manjares que a los hombres; pero había que llevarlas muy bien vestidas y enjoyadas. La paradoja es que las mujeres no solo tenían que simbolizar el estatus de los hombres, sino que podían sentirse socialmente avergonzadas si los hombres no iban bien vestidos, ya que en su condición de dominadas se les hacía responsables de los lavados y planchados del vestuario masculino.

La autoridad explícita se manifiesta con mayor claridad en **los uniformes**: que cada uno tenga que vestirse de una manera y que en la forma de vestir pueda verse con claridad su condición social. No hace más de cincuenta años había tiendas de uniformes con cofias (como las de las esclavas en la antigua Roma), para sirvientas, en Zaragoza. Tiendas en las que se vendían modelos diferenciados. Para sirvientas de casa rica y para las de clase media. Hoy sigue habiendo estas tiendas en Barcelona, Madrid, e innumerables ciudades de Latinoamérica. Los ejércitos y las jerarquías religiosas son un modelo de este control de los uniformes. A determinados niveles, no funcionaría la autoridad estratificada sin uniformes estratificados. Y es falta grave disfrazarse con la ropa o los complementos de un rango superior.

De todas formas la uniformidad no es la regla general. Cualquier respuesta científica a cuándo y por qué se permite la libertad indumentaria, y cuándo no, tendría demasiadas excepciones. El poder no solo está presente en los uniformes. Se refleja en las desigualdades de género, en la coacción de la moda y también en el pudor, cuando es impuesto. Conseguir que en las capas sociales más bajas lleguen a criticar los intentos de movilidad ascendente, utilizando la persuasión del vestuario, habría sido una de las estrategias de las clases ociosas. «Mira esa, que va vestida como una señora»; «¿has visto a ese, que quiere aparentar como un señorito?», etc. Entre las dificultades que todos los pueblos han puesto a la movilidad, las manipulaciones sobre el vestuario han sido incluso prioritarias.

Volviendo a los **uniformes**, hay un ejemplo en la historia reciente que mostraría la complejidad de sentimientos que acarrea el tema. Al comienzo del gobierno de Salvador Allende, en Chile, se planteó seriamente el tema de la desigualdad social entre los niños. Era una de las primeras medidas anunciadas en el programa electoral. Resulta que cada colegio tenía un uniforme; y que los niños de los colegios privados más ricos se distinguían de los de las escasas escuelas públicas. El debate político trascendió a los medios. Había pocas fórmulas y todas muy conflictivas: a) dejar las cosas como estaban; b) suprimir los uniformes; c) hacer unos uniformes comunes para todos los colegios; y d) permitir dos tipos de uniformes, uno para la enseñanza privada y

otro para la pública. Los ejemplos opuestos de Cuba y China, por un lado; y de Inglaterra y Estados Unidos, por otro, afloraron con fuerza, en la prensa. Y las críticas a la racionalidad o falta de racionalidad de cualquier opción se radicalizaron. Se optó por los uniformes, para reducir gastos a las familias más pobres, y por hacerlos iguales para todos los colegios. Persistía el problema de la identidad. Y se aceptó que cada colegio pudiera llevar su propio escudo. Entre todas las fuerzas políticas se estudió un uniforme de consenso, que fuese estéticamente bonito y además poco costoso. Los problemas se multiplicaron. A la oposición a la medida de generalizar uniformes se unieron otras formas sutiles de boicot. Por ejemplo, los colegios más exclusivos utilizaron telas mucho más lujosas, y los escudos, mucho más grandes, llegaron a ser bordados en oro. Como es bien sabido, las protestas arreciaron y la conflictividad sobre los uniformes estuvo presente en Chile hasta el momento del golpe militar de Pinochet.

Quienes vivimos en aquella época en Zaragoza, pudimos ver diariamente las filas de niñas del Sagrado Corazón, o de Jesús María, cruzándose con el uniforme marrón de las niñas del hospicio. No sucedió igual con los niños, entre los que la competitividad solía ir por familias; y en el interior del mismo centro.

Para concluir, aparte del problema biológico de protegerse del clima, entre nuestra indumentaria predominan los temas de la identidad y diferenciación; junto a los de control social y poder.

Desde el punto de vista de la emblemática, los dos problemas son importantes y podría afirmarse que desde la emblemática se aprecia mejor la unión existente en ambos temas. La diferenciación, que tendría componentes genéticos, como se ha visto a partir de la territorialidad humana, tampoco estaría exenta del control social y de la doble dimensión de poder y estatus. Nuestra indumentaria se ha utilizado para la producción de emociones positivas, como la alegría, seguridad, autoestima; y negativas, como la vergüenza, sonrojo, tristeza. Es en este punto donde lo sociológico se une con lo psicossociológico.